

humanistas nostálgicos que pretenden construir una ciudad a "escala humana" con una ideología correspondiente a modelos agrarios; b) el urbanismo pseudocientífico de los tecnócratas, y c) el urbanismo que "venden" los promotores y que anuncian como una vida mejor y feliz.

El autor —digo— se eleva a un nivel superior. Entiende que si la vida cotidiana debe ser radicalmente transformada, deberá serlo también el marco en que aquella se desarrolla. Será preciso dar cabida a algo más que unas necesidades primarias y acabar con la ciudad compartimentada donde hay lugares para trabajar y otros distintos para dormir, y otros para divertirse... Ya en el último capítulo de "La vie quotidienne dans le monde moderne" señalaba H. L. entre los elementos del proceso revolucionario total, la reforma y revolución urbana. No se trata hoy ya sólo de eliminar la miseria en las barriadas urbanas, sino la nueva miseria que vive el hombre sometido a una cotidianidad organizada. La revolución urbana —y la "apropiación" de la ciudad por los segregados— será consecuencia de una revolución más amplia:

Mario Gaviria, que ha escrito un prólogo excelente, como cabía esperar de él dada su especialización en el tema y el conocimiento profundo de la obra del filósofo, hace unas precisiones al análisis lefebvriano desde el ángulo español: La escasa importancia que se da en él a la Reforma Agraria respecto a la Urbana y la poca atención que concede al fenómeno de la creación de "ghettos" del ocio —mar y montaña— en contradicción con la economía urbana española.

El "Derecho a la ciudad" nos eleva de unas reivindicaciones limitadas a unas exigencias utópicas. Mario Gaviria le califica como "el trabajo de reflexión crítica más importante desde la aparición, hace más de veinte años, de la Carta de Atenas". ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

«El derecho a la ciudad». Henri Lefebvre. Ediciones Península.

Gillo Dorfles, en España



La llegada de Fanelli a España en pleno siglo XIX ha sido considerada como un hito diabólico por todos los historiadores nacionales de derechas. Fanelli introdujo las ideas de la acracia y los modelos organizativos de las primeras asociaciones bakunistas. En este país siempre hemos tenido conciencia del peligro del extranjero. El extranjero nos ha enviado a Fanelli (¡siempre Fanelli!), Angiolillo, las Brigadas Internacionales y, ahora, Gillo Dorfles. Hace algunos años llegó a Barcelona un grupo de intelectuales italianos entre los que viajaban Gillo Dorfles y Eduardo Sanguineti. Se trataba del grupo 63, y comprendía distintos profesionales de la cultura que partían de unos presupuestos estructuralistas, sin renunciar, algunos, a una rara conciliación con el marxismo-graminismo. El grupo llegaba a España un tanto desfasado, lo que no evita que en 1969 a Martínez de Menchen aún le resulte pedante que alguien cite a Sanguineti. Pero aquí al grupo se le sacó un cierto provecho; se iniciaron seminarios de estructuralismo y se importaron algunos ejemplares de la Antropología Estructural de Levi-Strauss. Desde entonces el tema del estructuralismo ha penetrado hasta en las peluquerías de buen tono, ha dejado un cierto poso de sabiduría convencional, empieza a indignar a los marxistas y a suscitar cierta simpatía estratégica en los liberales.

Dorfles era, quizá, el teórico más importante del gru-

po 63 y para encontrar un equivalente cultural, dentro de otras esferas ideológicas europeas, habría que recurrir a Della Volpe, Roland Barthes y algunos otros. Aquí era conocido por su breve libro sobre la Arquitectura moderna publicado en Seix-Barral y por la edición de El devenir de las artes, del Fondo de Cultura. Ahora, en el plazo de un año, Editorial Lumen ha editado dos obras, publicadas en Italia en 1962 y 1965, respectivamente: Símbolo, comunicación y consumo y Nuevos mitos, nuevos ritos. Para el lanzamiento de este segundo libro, Dorfles se ha prestado a algunas conferencias y coloquios en Barcelona y Madrid. Si bien Dorfles no habrá encontrado en esta segunda venida a España un público tan desconcertado y en plena revisión cultural como en la primera, puede vanagloriarse de haber sido él mismo uno de los causantes de lo que él llamaría su propio consumo, y nosotros, su propio desgaste. Dorfles, en cierta manera, ya es un eco más que una voz para determinados sectores culturales del país, y es quizá ahora el momento en que sus ideas, o quizá más propiamente su especial punto de partida crítico, vayan a cumplir una misión entre la inmensa minoría. Ante todo es digna de admirar y asumir la libertad de cultura, de expresión, de ética, que respira la obra de Dorfles. Algunos reparos podríamos cargar en la cuenta de un lenguaje convencional dorfliano que, a veces, encubre una real importancia de clarificación o enmascara contradicciones internas. Pero quedan sobradamente compensados por el nivel sugerente de su obra, por la nueva perspectiva que ofrece para comprender el devenir del arte y la conciencia humana en el contexto de la sociedad industrial.

A veces, en el decurso de una lectura de la obra de Dor-

fles, uno se exaspera por la falta de parentesco socio-histórico con que los fenómenos llegan ante su disección. En cierta manera, el escritor italiano ha sido víctima de la repugnancia con que la inteligencia europea reaccionó, como revulsivo, a la servidumbre de la crítica de la cultura sociológica, en vigor durante los años cuarenta y cincuenta. Sin embargo, en el forcejeo del escritor triestino por ordenar el aparente caos semántico en que se formaliza el espíritu de la sociedad industrial, de vez en cuando se escapan estridencias moralizantes, protestas contra la conducta reflexológica que la sociedad industrial propone al individuo. En el coloquio de

Barcelona se habló de automatismo. Dorfles denunció el comportamiento automático establecido como una propuesta ante el hombre consumidor. Quizá la palabra reflexológica sea la más fiel y, en la protesta por la anulación de la conciencia de la acción y de la ética, Dorfles inicie ahora una revisión contra el cierto encantamiento ante la fenomenología neocapitalista, que cabe reprochar a él y a su escuela.

Pero, de momento, es mucho más útil leer a Dorfles que criticarle algunos aspectos. Si más caso se hubiera hecho a Fanelli, de otra manera hubieran ido las cosas. ■ MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.



La bibliografía cinematográfica española es, a pesar de los esfuerzos realizados, escasa y, en general, poco utilitaria. Así, uno de los problemas que se plantean siempre a quienes nos ocupamos de la especialidad es el de reconstituir, con sus títulos de exhibición en nuestro país, las filmografías de realizadores, actores, técnicos. Las obras de consulta, desde el apabullante "Film lexicon" italiano a los populares "Diccionarios" franceses, son extranjeras. El problema, en consecuencia, no es sólo de títulos, sino también de la ausencia de nombres —salvo unos pocos, siempre las mismas: Buñuel, Bardem, Berlanga, — de la cinematografía nacional. Ahora la Editorial Labor acaba de poner a la venta el primer tomo —de A a F— de su "Enciclopedia ilustrada del cine", trabajo titánico en el que han colaborado —junto a quienes nos ocupamos de cine desde las páginas de TRIUNFO— una serie de nombres prestigiosos, y de cuya conjunción, asesoría y coordinación se han ocupado Salvador Clotas, José Luis Guarnier, Joaquín Jordá, Román Gubern y Joaquín Romaguera. Una admirable labor de puesta al día de todos los trabajos, muchos de ellos solicitados y entregados hace años, hace de la obra un documento utilísimo, absolutamente imprescindible no sólo para los profesionales, sino para el buen aficionado.

C. S. F.

«Enciclopedia ilustrada del cine» (I). Editorial Labor. 576 páginas.

Novela y política

Mario Pomilio, escritor italiano relativamente joven (Orsogna, Abruzzo, 1921), profesor de oficio y colaborador de diversos periódicos, ha publicado una novela política —en el sentido de que la política italiana constituye la base de su contenido—. «El compromiso», cuya versión castellana acaba de aparecer en «Novelas y Cuentos» con una presentación de Carmen Llorca.

De muy discutible calidad —y de dudoso acierto en el planteamiento del problema de orden político-personal que la sustenta—. «El compromiso» refleja epidérmicamente los conflictos experimentados por un pequeño-burgués provinciano que se debate entre su «engagement» y sus sentimientos íntimos, buscando una salida a sus contradicciones. El origen de la indudable debilidad de esta narración no es otro que la endeble ideología del personaje central (lo que puede pensarse también del autor), que no presta la suficiente fundamentación a sus actos. Sus análisis, en efecto, carecen de hondura, se inscriben mejor en un nivel de tertulia que de meditación seria. «El compromiso» es válido en la medida que propone en el plano de la creación literaria una problemática política muy viva en la mayor parte de los países europeos, aunque falle en el modo de su formulación y de su resolución. Ello incita a insistir en esa problemática propuesta con más rigor y profundidad. ■ E. G. R.

«El compromiso», de Mario Pomilio. «Novelas y Cuentos».

Consumismo, comunismo y confusionismo

En la nota "Historia laborable y sentimental de España", aparecida en esta sección la semana pasada, nuestros lectores habrán visto con sorpresa que Circus MacManus, símbolo de las inversiones americanas, "trae consigo el Manifiesto Comunista", cuando realmente debía leerse "Manifiesto Consumista". Los dueños de la imprenta han llevado demasiado lejos el actual acercamiento soviético-americano.